

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO. 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 17 DE OCTUBRE DE 1909

NÚMERO 94



LA FORTUNA

(CONTINUACIÓN)

Por aquellos días alguien dijo haber visto á la fortuna cerca de aquellos parajes y, al solo anuncio de su vecindad, opresores y oprimidos, ladrones y robados hicieron causa común, y, como por ensalmo, dejaron de destrozarse para sumar sus fuerzas, y distribuidos convenientemente, perseguiría, acosarla y apoderarse de ella, sin perjuicio luego de disputar su posesión hasta destruirse.

Ayuntamiento de Madrid

Un solo hombre, un miserable mendigo que, por carecer de todo, no sabía qué era tener ambición y que vagaba por allí sin pan que llevarse á la boca, implorando en vano una caridad, que mal podía encontrarse entre aquellos desalmados sin fe, era el único que, ajeno á todo, contemplaba con tristes ojos aquella destrucción, impotente para contenerla, pero sintiendo hacia aquellos miserables un supremo desprecio.

Caía la tarde; sobre la población saqueada se elevaban algunos penachos de negro humo, restos de incendios aún no apagados; todo era soledad y abandono.

En el lejano horizonte hormigueaba un verdadero ejército, los dos bandos, que, fundidos en un ansia común, cercaban el bosque, los caminos, las gargantas de los montes, espionando el momento en que la fortuna apareciese para correr en su seguimiento.

Nuestro mendigo, en tanto, atravesaba las calles solitarias, llenas de escombros, de cuerpos sin vida, de muebles destrozados, contemplando aquel cuadro terrible. De pronto detuvo sus pasos, escuchó con atención, creyó haber oído como un lamento; largo rato estuvo en espera, sin percibir otros ruidos que el crujir de los maderos medio carbonizados ó el grito estridente de algún buitre que, atraído por el olor de la carne muerta, volaba en busca de su macabro festín; se disponía á seguir su camino, cuando distintamente escuchó un débil gemido; aquella vez no tuvo duda; salvando obstáculos, deslizándose al ras de un muro que se desmoronaba, guiado por el lamento, cada vez más débil y menos frecuente, llegó por fin á una vivienda totalmente derruida; sin vacilar entró; los muros, ennegrecidos por el incendio, á duras penas se sostenían; de la techumbre sólo quedaban unas vigas entrecruzadas.

Casi en tinieblas, pues ya la noche se había hecho por entero, llegó á un ángulo del muro; allí sonó con más claridad la voz que se quejaba lastimera; confuso se encontraba cuando la luna vino en su auxilio; asomando por un jirón de blancas nubes brilló serena en el alto firmamento, metiendo su plateada luz por la destrozada techumbre. Sobre un confuso montón yacía el cuerpo de un hombre moribundo; nuestro mendigo se acercó presuroso y, con no pocos esfuerzos, consiguió levantarle, una vez libre de los escombros que le asfixiaban.

El herido abrió los ojos y una expresión de indecible angustia se pintó en ellos.

—¡Tú!—exclamó.—¡Tú! Sabías que aún no he muerto y vienes á vengarte de mí... pues escucha. Todo me lo han robado, todo. Me escondí para librar la vida, y el incendio me hizo salir de mi escondite, cuando mi casa vino á tierra envolviéndome en sus escombros abrasados; Dios, sin duda, quiso prolongar mi vida para castigar por tu mano mi avaricia. ¡Véngate y da fin á este martirio!

El mendigo fijó su vista en aquel hombre, y con voz reposada le dijo:

—Ni sabía que vivieras ni quiero acordarme que cuando hace dos días llamé á tu puerta pidiendo una limosna mandaste á tus esclavos que me apaleasen; no te conozco, no quiero conocerte; vagando por la muerta ciudad oí lamentos de un ser humano y vine en su socorro; me necesitas, aquí estoy. ¡Bendito sea Dios que me permite pagar con bien el mal recibido!

—Si es cierto—dijo el moribundo, en cuyos ojos brilló la esperanza,—sácame de aquí, pueden volver y, aunque me queda muy poca vida, no quiero morir entre sus manos.

—Tranquilízate; sobre que nada les queda ya que destruir, en este momento llama su atención algo que no está aquí; pero el aire te hará bien, voy á sacarte de este infierno.

Tras mil esfuerzos, y con sumo cuidado, cargó el herido sobre su espalda, y poco después descansaba en el lindero de un bosquecillo oculto por espeso pinar, cerca de un arroyuelo transparente.

Continuará.





LOS MUSICOS AMBULANTES

CONCLUSIÓN

que sus liso de un garro-
 ñazo. ¿Habrás visto pille-
 ría semejante? (Suená la
 bocina de un automóvil.)
 ¡Otro demonio de carri-
 coche de esos! Malhaya,
 amén, el que inventó esos
 armatostes (Se aleja asus-
 tadísima.)

ROBERTO. (Coge á Rosina y Eurico
 y se coloca en medio del
 camino.) Aquí, conmigo,
 que nos atropelle el auto
 y acabemos de una vez.

ROSINA. (Traiando de desasirse.)
 ¡Dios mío!

EURICO. (Haciendo lo mismo.) Ro-
 berto, déjame.

ROBERTO. (Desesperado.) Aquí
 quietos. (La bocina sue-
 na muy cercana; de pron-
 to cesa todo ruido y apa-
 rece Rafael y luego Ce-
 cilia.)

ESCENA VI

RAFAEL. (En traje de automovi-
 lista.) ¿Estáis locos? ¿No
 habéis oído la bocina? Me
 habéis hecho parar casi en
 seco con peligro de es-
 trellarnos. ¿Qué hacéis
 ahí?

ROBERTO. Queremos morir.

CECILIA. ¿Qué dice ese muchacho?

RAFAEL. ¿Tan desesperados estáis?

ROSINA. Todo el mundo nos des-
 precia y nos maltrata.

CECILIA. ¿De dónde sois?

ROBERTO. De Italia; recorremos el
 mundo tocando y cantan-
 do y pidiendo una caridad
 y nos miran como á crimi-
 nales.

RAFAEL. Veamos cómo cantáis y
 cómo tocáis.

CECILIA. Estáis delante de un gran
 maestro. Ya podéis esme-

raros. (*Rosina canta acompañada por sus hermanos con sus instrumentos.*)

RAFAEL. (*A Cecilia.*) La chiquilla tiene una voz divina y el pequeñín toca como un virtuoso. Son notables.

CECILIA. ¡Pobres criaturas!

RAFAEL. ¿De qué autor es esa canción tan sencilla y tan sentida?

ROSINA. No es de ningún autor... Es de éste. (*Por Roberto.*)

RAFAEL. ¿Tú has compuesto eso? ¿Y querías morir? ¿Morir á vuestra edad? No ¡Hay que querer vivir y vivir bien y vivir en grande!

ROBERTO. ¡Nosotros! ¡Pobres de nosotros!

RAFAEL. Vosotros habéis creído que se podía vivir como vagabundos, y ya habéis visto que no. Pero os falta saber

que podéis vivir y viviréis perfectamente como artistas. Pero para serlo hay que recibir una instrucción que desarrolle vuestras facultades, hay que estudiar con fe y trabajar. (*A la niña.*) ¿Cómo te llamas?

ROSINA. Rosina.

RAFAEL. Pues yo te prometo que si te aplicas en mi clase, serás tiple de un gran teatro, y tu hermanito pequeño, si hace lo mismo, un concertista notable. Del mayor no hablemos; en su mano está llegar á ser un compositor célebre. Yo os tomo bajo mi protección.

ROBERTO. (*Se arrodilla.*) Cielo Santo.

ROSINA. (*Besando la mano á Rafael.*) Dios le bendiga.

CECILIA. ¡Al automóvil y á Madrid! A convertir en artistas á los musiquillos ambulantes.

CAE EL TELÓN.





RELATOS DE CAZA

LA INVASION

Un esquimal vivía con su familia en una rústica choza subterránea situada en las inmediaciones de un hermoso bosque de abedules. Como el hambre le acosara salió un día en que el campo se hallaba cubierto de nieve y se fué al lado de un riachuelo que, entre disformes rocas encerrado, rugía, saltando en espumosas ondas. Había por los alrededores huellas de castores, que la nieve conservaba con notable fidelidad, y el esquimal pensó para sus adentros:

—Pondré una fuerte trampa con unas ramillas de tierno y jugoso abedul por cebo. Algún castor, en sus idas y venidas, puede tropezar con ella y, como esto suceda, no resistirá la tentación y tendré una hermosa piel que vender y carne abundante para matar el hambre...

Y como lo pensó lo hizo... Bastante tiempo llevaría ya esperando, cuando un castor avanzó perezosamente y, en cuanto divisó la verde rama de abedul, se precipitó sobre la trampa y quedó preso. El esquimal, saltando de gozo, lo mató, y, echándoselo á la espalda, empezó á caminar hacia su choza. Al poco tiempo no pudo reprimir un gesto de disgusto. Como si fuera cosa de encanto presentáronse á su vista innumerables zorros azules, y esto, que en otra ocasión hubiera sido

para él motivo de regocijo, pues las pieles de dichos animales son de muy fácil y productiva venta, llenóle en ésta de espanto. Al principio se mantuvieron á respetable distancia, pero pasados unos momentos, uno de ellos, más osado ó más hambriento, se atrevió á saltar sobre el castor. Ahuyentólo el esquimal tirándolo contra el suelo, y viendo ya su choza á lo lejos, echó á correr seguído de cerca por la aulladora legión.

—¡Cerrad, cerrad pronto la puerta...!—dijo á su familia el jadeante esquimal depositando en el suelo el cadáver del castor.

Peró nadie obedeció su orden porque era imposible. Tras él comen-



zaron á pasar zorros y más zorros. El esquimal, su mujer y sus dos hijos, armados de sendas varas, se pusieron alrededor del castor para defenderlo. Caían los palos sobre los hambrientos animales; pero por cada uno que moría eran diez los que pasaban; así es que, hartos ya de matar é impotentes para seguir resistiendo la avalancha, los pobres esquimales se apartaron á un lado, y al instante, no ya el grisáceo cuerpo del castor, sino todo el suelo de la choza cubrióse de zorros azules...

—¡La maldita invasión...!—murmuró el esquimal rechinando los dientes de rabia al ver inutilizado su trabajo...

JOSE A. LUENGO.

Ayuntamiento de Madrid

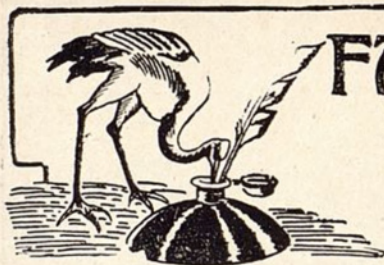


NAPOLEON EN ITALIA. CUADRO DE BOUTIGNY

Entre los numerosos episodios referentes á la campaña napoleónica en Italia, se cita el que inspiró á Boutigny este cuadro. El general austriaco Wurmeser, creyendo que eran escasas las tropas francesas que ha-

bía en Lonato, envió un parlamentario para que se rindieran. Le recibió Napoleón en persona y con estas palabras: «Decid á vuestro general que le doy ocho minutos para deponer las armas.» La orden fué cumplida.

Ayuntamiento de Madrid



FABULAS ESCOGIDAS

LOS CANGREJOS Y SUS HIJOS

En la margen tranquila de un arroyo,
y metido en un hoyo,
hablaba así á un cangrejo,
joven al parecer, otro ya viejo:

—¿No adviertes, criatura,
que haces, andando atrás, triste figura?
Camina rectamente,
que en contra malo es ir de la corriente.
Si hacia adelante ves que marchan todos,
¿por qué andar cual los míseros beodos?
De frente, pues, camina,
que el que anda de otro modo, desatina..

—¿De frente—le responde
el cangrejillo tímido,—y en dónde
he visto, padre mío, á los cangrejos
abandonar sus hábitos más viejos?
¿Has andado jamás de otra manera,
sin llevar como popa la trasera?
¿Soy yo merecedor de tal peluca,
cuando siempre te vi marchar de nuca?
¿Hallé entre mi familia ni un pariente
que anduviera de frente?

Yo, tu digno trasunto, me contemplo:
si otra cosa apeteces, dame ejemplo.
Al escuchar tan lógicas razones,
el cangrejo le dió dos coscorrones;
pero exclamó, mordiéndose los labios:

—*Vence el ejemplo á los consejos sabios...*
¿De qué sirve la más pura doctrina
si el que intenta enseñarla mal camina?

EL BARÓN DE ANDILLA.

Ayuntamiento de Madrid



LAS BONDADES DE NINI

XLVIII

A ver si me acuerdo bien de todo lo que ha pasado para contarlo. Primero pasó que aquel chico rabiaba una atrocidad. Después, que la *miss* me habló unas cosas muy serias y muy graves, que me aburrieron una barbaridad. Después fueron de mi casa á buscarme, y mamá me regañó muchísimo, y me dijo que no iban á sacarme nunca más, y que la doy muchos disgustos, y qué sé yo cuantas murgas más. Después me llevaron al colegio, y yo iba la mar de contenta con mi caja de dulces debajo del brazo. Cuando llegué se la di á la madre Rosario; pero no la quiso tomar, y dijo:

—¿Dulces hechos por tí? ¡Dios nos ampare! Te lo agradezco mucho, pero me dan miedo.

—Pues es usted una ingrata; pero no me importa.

Me fuí al dormitorio enturruñada, muy enturruñada.

—¡Ellos se lo pierden por tontísimos! Las niñas me lo agradecerán... Sea usted trabajadora para esto... Mamá y Piluca llaman cosas feas á mis dulces... La madre Rosario no los quiere probar... ¡Pues que se chinchén...! ¡Ay! esto de *chinchén* creo que no se puede decir; pero nadie me ha oído.

Llegó la hora de recreo y bajé al jardín con mi caja. Cogí á Luz, á otra niña pequeñita que se llama Lola y á otra que se llama Luisa y las dije:

—Aquí tenéis los dulces más ricos del mundo. Nadie los ha querido porque todo el mundo es tonto, ¿sabéis? Pero ahora mismo nos los vamos á comer solitas las cuatro.

—¡Bueno! ¡Qué gusto!—contestaron.

Los repartí, y en cuanto los probaron empezaron á hacer gestos.

—; Qué asco!

—; Qué mal sabe esto!

A mí tampoco me sabían muy bien, la verdad, pero no me daba la gana decirlo. ¿Por qué sabrían mal? Todo lo que yo les eché eran cosas buenas; ¿sería el vinagre? Pues si es tan rico en la ensalada, ¿cómo va á saber mal en los dulces? No sé, no sé por qué sería; pero lo que sí sé es que no quise decirlo. ¡Para que se burlasen de mí! ¡Quia! ¡A comerlo! Conque las dije á las niñas pequeñas:

—O coméis todos los dulces, ú os doy una paliza.

Ellas se los comieron haciendo muchos aspavientos, y yo me los comí por *no dar mi brazo á torcer*, y seguimos jugando.

Aquella noche, cuando ya estaba dormida, me desperté; con unos dolores de tripas! ¡qué barbaridad! Y oí llorar en el dormitorio.

—¿Quién se queja?—pregunté.

—; Ay, qué dolores!

—; Madre Rosario, por Dios, que me muero!

—; Ay, Dios mío, qué mala estoy!

El caso es que llegó la madre Rosario y vino á nuestra cama á ver qué nos pasaba. ¡Vaya una novecita! ¡Cuánto lloramos! ¡Cómo nos dolía la tripa! ¡Como que tuvieron que darnos una purga y todo, no crean ustedes! Y estuvimos en la cama dos días.

—; Sabes, Niní—me dijo la madre Rosario,—que te voy á nombrar repostera del convento?

—¿Por qué?

—Porque guisas que es un portento.

—Pues lo mismo hace Piluca, y todos dicen que es una niña muy buena.

—Puede que lo haga un poquito mejor que tú. Al menos ella creo que no ha puesto á nadie enfermo.

—Ni yo tampoco.

—; Pues menudo coliquito habéis tenido las cuatro! Si llega á ser un poco mayor, estaríais las cuatro con los angelitos. Y todo por ti, Niní, porque si no fueses tan rabiosilla, no hubieras hecho las cosas sola, sino que hubieses preguntado cómo se hace alguna cosa de repostería.

—; Pero si estaban riquísimos, madre Rosario!—contesté, pero al decirlo y recordar los dulces, ¡me dió un asco!

M.^a ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



Ayuntamiento de Madrid



ESPAÑOLES ILUSTRES

EL CARDENAL CISNEROS

Por designación de la reina Isabel I sucedió en el arzobispado de Toledo al cardenal Mendoza el virtuoso sabio y estadista fray Francisco Ximénez de Cisneros, de la orden de San Francisco, nacido en Torrelaguna en 1437. Estudió humanidades, teología y escritura, haciéndose estimar de sus superiores por la sensatez y prudencia de su conducta. Los primeros cargos que tuvo dentro de la carrera eclesiástica los ejerció con tal energía y justicia, que de provisor de Sigüenza pasó á ser confesor de la Reina, primado de España y cardenal de Roma.

Cuando se vió investido de tan alta dignidad, acometió la reforma de las órdenes religiosas y la del clero, acabándolas felizmente, á pesar de los infinitos obstáculos que tuvo que vencer, imponiéndose á todas las flaquezas y deshaciendo las corrupciones de su tiempo con el celo y la autoridad que le hicieron respetable á los ojos de los hombres. De su ciencia dan buen testimonio la Universidad de Alcalá, que erigió y dotó de todos los adelantos de su siglo, contribuyendo á que fuera, por la calidad del claustro y la bondad de la doctrina que en sus aulas se explicaba, rival de la histórica de Salamanca.

No se contentó con la obra anterior; publicó, á expensas suyas, las

Ayuntamiento de Madrid

obras del famoso Tostado, y ya en las postrimerias de su vida realizó el mayor esfuerzo que se ha hecho de impresión en la infancia de la imprenta, haciendo estampar *La Biblia Políglota*. Para llevar á cabo esa empresa había que vencer un cúmulo de dificultades; de una parte las que ofrecía la confección de caracteres para imprimir diversas y antiguas lenguas; de otra, las que imponía la composición, ya porque reclamaba de cuantos habían de intervenir en ella una capacidad y aptitudes poco comunes, ora porque había que reunir, adquirir, seleccionar y cotejar un crecido número de manuscritos y tener para ello personas versadas en su conocimiento. Mas al jamás cumplidamente elogiado cardenal nada le amilanó; con constancia, dinero, y á fuerza de sacrificios sin cuento, alcanzó, quince años después de 1502, meses antes de su muerte, el éxito de ver publicada su obra, y el no menor de causar el asombro de Europa, que se maravilló de que en tales tiempos y á través de tantos escollos se hubiera llevado á cabo un trabajo gigantesco, literaria y tipográficamente considerado.

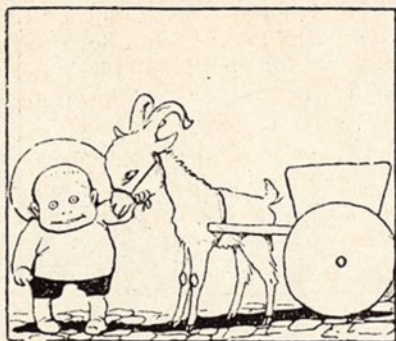
Cuando las circunstancias llevaron á sus manos el Gobierno de España, puso decidido empeño en pasar al Africa y vengar las ofensas que los moros nos habían hecho. Hizo á su costa los preparativos de la jornada y pasó en persona á mandarla, llevando por general del ejército al célebre Pedro Navarro, que en aquel año, 1509, había ganado fama peleando contra los berberiscos. Orán, Buxia, Trípoli y otras ciudades cayeron en poder de España, conquistas que hicieron notables los nombres del cardenal y de su general en jefe.

A la muerte del rey Fernando el *Católico*, quedó encargado de la regencia de Castilla hasta la venida del archiduque Carlos, en cuyo primer puesto del Estado sus talentos políticos se acabaron de desplegar enteramente, con tanto beneficio para la patria que, á más de obtener la seguridad del Estado contra las turbulencias que meditaban los descontentos, de arrancar á la rapacidad de los malos administradores los caudales que habían usurpado al público, de cercenar todos los gastos y empleos superfluos, y de, con esta sabia economía, satisfacer las deudas de la nación, supo y pudo contrastar la resistencia que oponían á sus órdenes los codiciosos flamencos que rodeaban al heredero de la corona y los grandes de Castilla, envidiosos de su poder, porque en todo resplandecía su virtud y la grandeza de su pensar. Los trastornos de doña Juana y la división que entre nobles se iniciaba hicieron venir á España al luego Emperador Carlos V para recibir la corona, la cual depuso en sus manos el cardenal, tranquila y floreciente, en momentos que la autoridad estaba más firme y extendida que nunca, conservada y aumentada por él á fuerza de esmero y de inteligencia. Carlos pagó con ingratitud sus servicios, tal vez por estar mal aconsejado. Murió el cardenal en Roa, en 1517, de camino para saludar al nuevo príncipe.

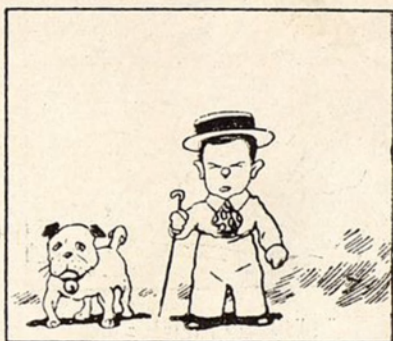
ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.

Ayuntamiento de Madrid

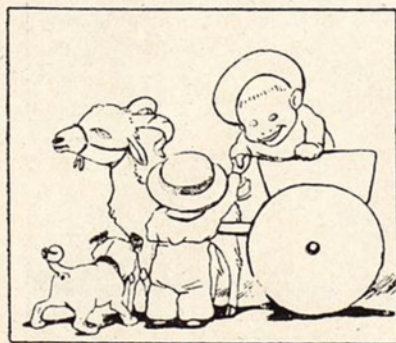
A LA GRAND D'AUMONT



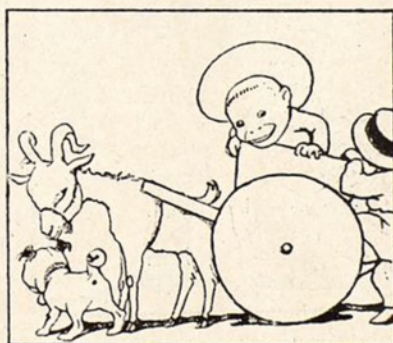
Por ser muy bueno, su papá á Juanito
le compró un admirable coleccioncito.



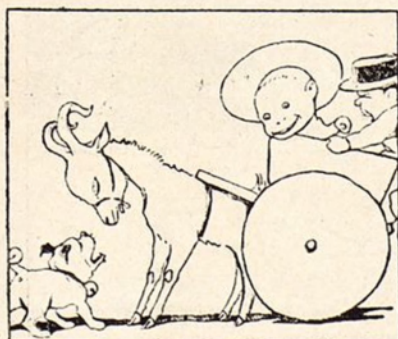
Y á Pepito, por ser niño juicioso,
le trajeron un-cuseo muy mecioso.



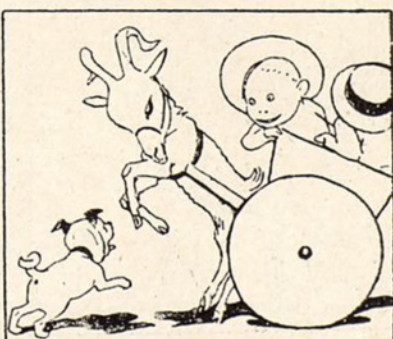
En paseo una tarde se encontraron,
y muy lieros los dos se saludaron.



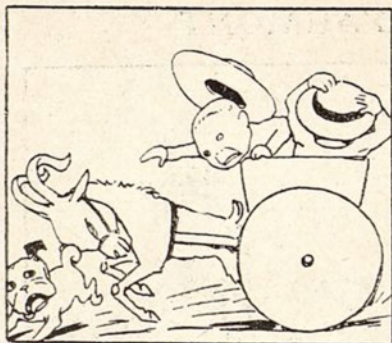
Y Pepín, invitado por Juanito,
se dispuso a subir en el carrito.



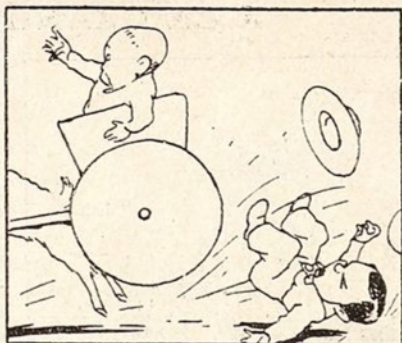
El perro ante la cabra de repen
rompió á ladrar desafortadamente.



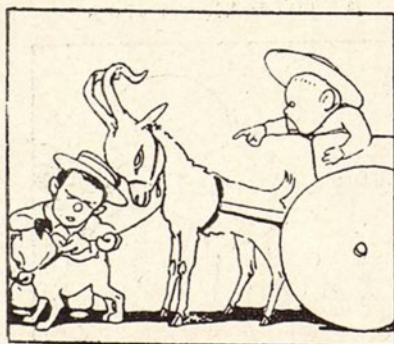
Y al escuchar la cabra sus ladridos
dió unos saltos asaz comprometidos.



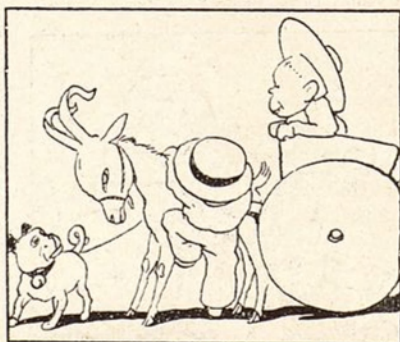
Estalló la discordia ruda y fiera
á todos arrastrado en su carrera.



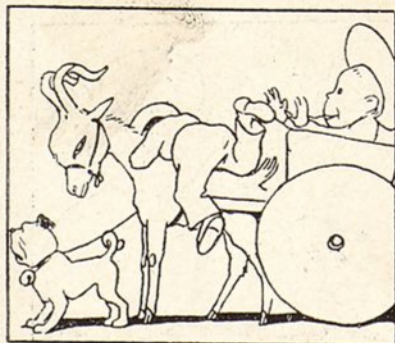
Terminó no por fin el raudo vuelo
de sopetón y sobre el sacro sueño.



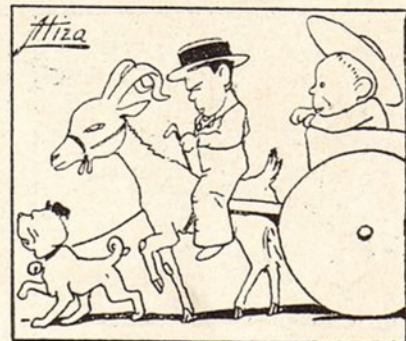
Una idea tuvieron superior
y al can pusieron en lugar de honor.



Así, olvidando todos sus reencos,
rectificar quisieron sus errores.



Y en la cebra montó Pepín ligero,
mientras Juanito hacia de cochera.



Logrando de manera tan sencilla
que la excursión saliese á maravilla.